

de á pié. Así llamaban á aquellos que servían en la guerra inferiores á los caballeros, como si se dijese sirvientes ó gentes de servicio.

Para atraer las bendiciones del cielo sobre las armas cristianas, el miércoles de Pentecostés 17 de mayo, se hizo en Roma una procesion solemne en el orden siguiente: Muy de mañana se juntaron las mugeres en la iglesia de Santa María la Mayor, el clero en la basilica de los doce Apóstoles, y los legos en la iglesia de Santa Anastasia; salieron luego cada uno de estos cuerpos para reunirse en la plaza de Letran. Al frente de las mugeres iban las religiosas, siguiendo despues todas las personas de su sexo, sin adorno alguno de oro ni seda, y con los pies descalzos en cuanto lo permitian sus fuerzas. Los monges y los canónigos reglares precedían al clero, y los hospitalarios á los legos. Al llegar todos á la plaza, el Papa la con los cardenales y obispos entró en la iglesia, tomó la verdadera Cruz, y se colocó sobre las gradas, desde donde hizo un sermón al pueblo; despues de lo cual las mugeres fueron á la iglesia de Santa Cruz á oír la misa que les dijo un cardenal, y el Papa la celebró en la basilica de Letran para que la oyesen todos los hombres, clérigos y legos, quienes fueron en seguida con los pies descalzos á Santa Cruz para implorar en ella de nuevo todos juntos el auxilio del Dios de los ejércitos en favor de su pueblo. Juntaron con la oracion las limosnas y un ayuno riguroso, sin comer pescado ni cosa alguna cocida; y todos los que pudieron ayunaron á pan y agua. Tambien en las demas naciones se esforzaron del mismo modo los fieles con plegarias, votos y buenas obras á hacer al Señor una santa violencia.

No fué vana su esperanza. Dióse la batalla el lunes 16 de julio en unas llanuras llamadas las Navas de Tolosa, cerca de los

montes á quien dieron el nombre de Cadena de los Moros (Sierra Morena). Algunos historiadores y aun testigos oculares aseguran que en esta batalla la derrota fué tan completa, que perecieron cerca doscientos mil musulmanes, y que los cristianos solamente perdieron unos treinta hombres. El botin fué inmenso. El rey de Castilla Alfonso, que escribió al Papa Inocencio tan feliz nueva, le envió regalos magníficos, como señales de este rico botin (1). Causó sobre todo admiracion una tienda de seda, cuyo trabajo parecia un prodigio, con un estandarte tejido de oro, que fué colgado en la iglesia del Principe de los Apóstoles. Halláronse en esta victoria, además del rey de Castilla, los reyes de Navarra y de Aragon, muchos prelados y entre ellos Rodrigo de Toledo y Arnaldo de Narbona, y una multitud de clérigos, que todos cantaron el *Te Deum* en el campo de batalla con toda la alegría que debieron inspirar sucesos tan admirables (a).

(1) Innoc. III, lib. 15, ep. 182 et 183.

(a) Siendo tan memorable esta batalla, creemos conveniente añadir algunos pormenores á los que ya refiere nuestro autor, que no son muchos en verdad en lo relativo á nuestra España y al rey de Castilla que tuvo la principal parte en tan gloriosa accion. No podremos estendernos cuanto quisiéramos por no traspasar los límites de una nota; pero diremos lo bastante para que se forme alguna idea quien no pueda consultar la carta que el mismo don Alfonso VIII escribió al Papa Inocencio III contándole lo ocurrido, la relacion que de ello nos dejó el ilustrado arzobispo de Toledo don Rodrigo Gimenez de Rada, el historiador, que tan activa parte tomó en esta cruzada y batalla; y en una palabra, cuanto sobre esto dicen nuestros historiadores.

El rey de Castilla, congregados sus prelados y ricos-hombres en Toledo para deliberar la forma en que habria de ejecutarse tan importante campaña, habia designado aquella ciudad como la plaza de armas y el punto de reunion á que habian de concurrir así las tropas de las diversas provincias como las extranjeras que venian á ganar las gracias espirituales concedidas por la Sede apostólica. Por Real edicto se prohibió á los soldados de á pie y de á caballo presentarse con vestidos de oro y seda, con arreos de lujo y con ornamentos supérfluos que desdijeran del ejercicio militar. Ya el obispo electo de Segovia, don Gerardo, enviado á Roma por don Alfonso, habia obtenido del Papa Inocencio tan buena acogida como se puede colegir de lo que hizo y mandó hacer en Roma el mismo Inocencio, y de las gracias espirituales que concedió á los que

Poco despues de esta expedicion memorable, en que se distinguió mucho Pedro, rey de Aragon, apenas habia llegado á su reino cubierto todavia de laureles, cogidos á manos llenas de los enemigos de la Religion, cuando los lazos de la carne y de la sangre le empeñaron en una empresa y en otros mil procedimientos muy inconsecuentes en un príncipe que acababa de defender su fé con peligro de la vida. El protector obstinado de los albigenses, Raimundo VI, conde de Tolosa, era cuñado de este monarca. Aferrado siempre en su afecto á estos odiosos sectarios, que le habian hecho ya perder todas sus plazas á escepcion de las dos solas ciudades de Tolosa y Montalban, se trasladó personalmente á Aragon é hizo al rey su cuñado la pintura mas patética del estado á que se veia reducido. «Aunque estoy pronto, le añadió, como ya frecuentemente lo he protestado y os lo protesto todavia, á hacer todo cuanto me

tomasen parte en esta cruzada, y de la escitacion que para ello dirigió á los príncipes, prelados y señores. Tambien la voz del ilustre prelado de Toledo don Rodrigo habia logrado enardecer los corazones de los príncipes cristianos de Europa, y multitud de guerreros de Francia, de Italia y de Alemania habian tomado la espada y la cruz, y marchaban camino de Toledo, ansiosos de tomar parte en la gran cruzada apostólica. Cálculase vinieron sobre dos mil caballeros con sus pajes de lanza, diez mil soldados de caballería y cincuenta mil de infantería. Déjase conocer cuán costoso seria el mantenimiento de tan numerosa hueste auxiliar estrangera para un reino empobrecido con tan incesantes luchas y devastaciones; á todo, sin embargo, atendia el monarca castellano, y para todo encontró recursos, asistiendo con veinte sueldos diarios á cada ginete y con cinco á cada infante de aquella milicia; cantidad prodigiosa para aquellos tiempos, dice un historiador. Compuesta de gentes tan diversas aquella muchedumbre y no tan disciplinada como poseída de celo religioso, creyendo acaso hacer una obra meritoria, acometió á los judios de Toledo que eran en gran número y asesinó una parte de aquellos israelitas que, dice Lafuente, habian presentado con orgullo al conquistador Alfonso VI una carta auténtica de sus hermanos de Jerusalem en que constaba que ellos no habian tenido la mas pequeña parte en la muerte del hijo de José y de Maria. Pudo esto haber producido un lamentable conflicto; pero el clero intervino y procuró apaciguar á todos. Fue para evitar nuevos choques, ó por haber llegado el

fuere ordenado por el Papa, pongo en vuestras manos, prosiguió, mis Estados, ó por mejor decir mis títulos, mi hijo Raimundo vuestro sobrino, y mi esposa Leonor vuestra hermana, para que los defendais si los quereis bien, y sino para que ratifiqueis con vuestra propia mano el decreto de nuestra desgracia.»

Enternecido el rey, y atendiendo mucho menos de lo que debia á los intereses de la Religion, comenzó por escribir al Papa, á quien informó de los procedimientos del conde de Monforte y de las verdaderas disposiciones del de Tolosa; de manera que Inocencio entró, respecto de muchos capítulos, en los designios del rey de Aragon. Tambien intentó este príncipe sorprender á los prelados de la provincia Narbonense, que se habian juntado en Lavour para responder á muchas proposiciones capciosas que les habia hecho. Pero no tardaron en conocer que el verdadero objeto era entre-

rey don Pedro de Aragon con sus tropas aragonesas y catalanas, y no bastar el recinto de la ciudad para albergar tan numerosas huestes, fué preciso que acamparan en las huertas y contornos de Toledo, á donde acudieron tambien caballeros leoneses y portugueses llevados del deseo de tomar parte en esta cruzada contra los enemigos de la fé, siquiera los príncipes de aquellos dos Estados por particulares y sensibles motivos no concurriesen á la guerra santa. — En tanto que por los cristianos se hacian todos estos preparativos, no se estuvo ocioso el emperador de los Almohades Mohammed Aben-Yacub, llamado Miramamolín el Verde ó el rey Verde, por ser de este color el traje que vestia. Además del inmenso ejército que ya habia traído á España, conmoviase toda el Africa con enérgicas exhortaciones á la guerra que á su vez los moros tambien llamaban santa, y acudian á la expedicion y esterminio de los cristianos los innumerables moradores de Mequinez, de Fez y de Marruecos, los que apacentaban sus rebaños en las praderas del Zahara, los habitantes de las orillas del Moluca y los de las inmensas llanuras de Etiopia, que con los de las tribus árabes, zenetas, mazamudes, sabbagas, gomeles y los voluntarios que habia ya en España, junto con los almohades de Andalucía, formaban el mayor ejército que habia pisado jamás los campos españoles. — Mas nada bastó para intimidar al monarca castellano, quien reunidas las provisiones necesarias para el mantenimiento del ejército cristiano, provisiones que segun el arzobispo cronista que acompañaba la expedicion, eran trasportadas en setenta mil carros (otros dicen acemi-

tenerlos y consumir en conferencias inútiles un tiempo necesario para obrar; y así dieron cuenta al Papa no solo de esta tentativa, sino también de otras acciones dolosas del rey Pedro, á quien el Papa escribió prohibiéndole formalmente proteger en lo sucesivo á los tolosanos.

Pero Pedro había penetrado ya en Languedoc con tropas aragonesas tan capaces de reanimar el valor de los tolosanos como de apoyar poderosamente las negociaciones (1). Juntando el ardid con la fuerza, y hallándose el monarca aragonés frente del conde de Monforte, le propuso suspensión de armas y conferencias, que dando á los negocios un aire de incertidumbre y de indecision, estenuasen y amortiguasen el celo y el fervor, impidiesen la llegada de refuerzos al ejército católico, y aun obligasen á las tropas veteranas á desbandarse. Los progresos del valeroso conde de Monforte, en medio de los obstáculos y contratiempos

milas), emprendió su movimiento con toda la hueste cristiana el 21 de junio de aquel año 1212. Guiaba la vanguardia don Diego Lopez de Haro, y componían este cuerpo los auxiliares extranjeros, en número de unos diez mil caballos y cuarenta mil infantes. Seguían los reyes de Aragon y de Castilla en dos distintos campos para no embarazarse, acompañando al de Aragon D. García Frontón obispo de Tarazona, D. Berenguer electo de Barcelona, el conde de Rosellon y su hijo, D. García Romeu, D. Jimeno Cornet, el conde de Ampurias y otros señores, llevando el estandarte Real D. Miguel de Luesia; al rey de Castilla, cuya comitiva era la más numerosa y brillante, acompañaban entre otros muchos distinguidos personajes, el historiador D. Rodrigo Jiménez, arzobispo de Toledo; los obispos de Palencia, Sigüenza, Osma, Plasencia y Ávila; los caballeros templarios y los de San Juan, Calatrava y Santiago, al mando de sus respectivos grandes-maestres; don Sancho Fernandez, infante de Leon; los tres condes de Lara, don Fernando, don Gonzalo y don Alvaro, alférez mayor este último del rey; don Gonzalo Rodriguez Giron con sus cuatro hermanos que mandaban la retaguardia, etc. etc. Iban también muchos principales señores de Portugal, de Galicia, de Asturias y de Cantabria, y seguían la bandera Real de Castilla los concejos ó comunidades de San Esteban de Gormaz, de Aillon, de Atienza, de Almazan, de Soria, de Medinaceli, de Segovia, de Ávila, de Omedo, de Medina del Campo, de Arévalo, de Valladolid, de Madrid, de Guadalajara, Hue-

(1) Petr. hist. lib. c. 66, etc.

de toda especie que se oponían á sus designios, fueron una maravilla inconcebible. Apenas fué nombrado jefe de la cruzada, cuando se retiró una gran parte del ejército á consecuencia de una contienda suscitada entre el duque de Borgoña y el conde de Nevers. Por otra parte, el empeño de los cruzados de Languedoc no era mas que para seis semanas, cuando el de otros cruzados se extendía ordinariamente á un año. Además, la que se predicaba entonces para Tierra Santa, perjudicaba en extremo á las empresas de Monforte, el cual sin embargo no decayó nunca de ánimo. Este grande hombre se vió con frecuencia reducido á recurrir á sí mismo ó á su familia. La condesa su esposa, que era de la casa de Montmorency, cooperaba perfectamente á la capacidad y valor de su esposo. Se la vió muchas veces llevarle en persona refuerzos arrostrando mil obstáculos y emboscadas. Simon hizo armar caballero para

te, Cuenca, Alarcón y Toledo, quedando los demas guardando sus hogares y fronteras. Todos ansiaban llegase el momento de medir sus armas con las de los infieles; y por sí el ardor de alguno se entibiaba, allí iban los prelados y los monjes, unos con solo la cruz, otros con la cruz en una mano y la lanza en la otra, para recordarles que combatiendo á los mahometanos de Andalucía ganaban las mismas indulgencias que si peleaban contra los infieles de la Palestina.—Al tercer día de marcha, 23 de junio, llegadas las tropas extranjeras á Malagon, atacaron este punto y lo tomaron por asalto, á pesar de la porfiada defensa que de él hicieron los musulmanes, todos los cuales fueron pasados á cuchillo. Ya aquí empezaron á entibiarse algunos de los extranjeros, creyendo haber hecho lo bastante y cumplido su voto y eso que aun no eran transcurridos los cuarenta dias por que parece se habian comprometido; púdose sin embargo persuadirles de su sinrazon y siguieron hacia Calatrava. Habian los moros cubierto de puntas de hierro el camino de Calatrava como el cauce del Guadiana, para que ni caballos ni infantes del ejército cristiano pudiesen pasar por allí sin herirse los pies; pero nuestros valientes supieron vencer estos y otros obstáculos y se pusieron sobre Calatrava que estaba defendida por el valiente Aben Cadis con su partida de sarracenos que eran el terror de la comarca. Fué sin embargo tomada por asalto la población; y Aben Cadis y los suyos se refugiaron al castillo y enviaron á pedir socorro al emperador Mohamed; pero el sultan de los Almohades, entregado á la influencia de dos favoritos, el vazzir Abu-Said y otro hombre oscuro llamado Aben Mu-

esta guerra á Amalarico su hijo primogénito, de donde en lo sucesivo su Estado principal tomó el nombre de Monforte el Amalarico. Con las pocas tropas que podia sostener, y los socorros casuales que recibia por intervalos de diferentes pueblos adictos á la fé de sus padres, con su perseverancia y buena conducta, se fué apoderando sucesivamente de la mayor parte de las plazas de los hereges. Esto mismo le debilitó en extremo, y se hallaba casi abandonado, cuando se vió en la precision de hacer frente así al rey de Aragon como á los sectarios cuya arrogancia se exaltó hasta lo sumo con estos socorros. El príncipe Luis de Francia tomó entonces la cruz, y muchos caballeros imitaron su ejemplo; pero los fuertes ataques que hubo de sostener dentro de breve tiempo el rey Felipe su padre contra el rey de Inglaterra, llamaron á otra parte el valor de este jóven príncipe y el de los que con él se habian cruzado.

neza, no llegó á saber el apuro de Calatrava que le ocultó Abu Said, envidioso de la gloria que entre los suyos gozaba el caudillo andaluz. Permitió así Dios para con las desavenencias de los infieles ir preparando el triunfo de los cristianos. Viéndose pues Aben Cadis sin esperanza de auxilio ofreció rendirse por capitulación, saliendo libres él y sus soldados. Inclinábase á concederla los reyes de Aragon y de Castilla con los nobles y barones de uno y otro reino; pero se oponian los extranjeros, empeñándose en que todos habian de ser degollados. Prevaleció sin embargo el parecer de los españoles, si bien con la modificacion de que los infieles salieran desarmados. A pesar de esto todavía los extranjeros intentaron lanzarse sobre ellos y pasarlos á cuchillo, pero los generosos monarcas españoles, fieles á su palabra, libertaron de aquel ultraje á los sarracenos escoltándolos hasta ponerlos en seguro. El rey don Alfonso de Castilla entregó la poblacion y castillo á los caballeros de Calatrava de quienes antes habia sido y repartió los inmensos almacenes y riquezas que allí se hallaron entre los aragoneses y los extranjeros, sin reservar cosa alguna ni para sí ni para los suyos. Esto no obstante, no quedaron contentos los extranjeros, y á pretexto de que no se les daba todo el botin y alegando además lo zeluroso de la estacion, volvieron á renovar sus quejas y acordaron retirarse y volverse á su pais, sin que para detenerlos bastaran los muchos esfuerzos que para ello hicieron los monarcas españoles: solo quedaron Arnaldo, arzobispo de Narbona, y Teobaldo Blascon, de Poitiers, español de nacimiento. Cuando los deser-

El estado de languidez en que se hallaba la causa de la Iglesia animó el celo de dos virtuosos hermanos, ambos obispos, Manases de Orleans y Guillermo de Auxerre. Quanto menos ardor observaban en una cruzada que interesaba á los mismos domésticos de la fé y á la salvacion de la patria, tanta mas prisa se dieron en juntar todas las tropas que les fué posible y conducirlas por sí mismos al lugar de su destino. El conde de Monforte que los recibió en Carasona, donde se hallaba con un puñado de soldados, miró su llegada como una señal de los favores del cielo. Sin embargo, á fin de evitar en lo posible la efusion de sangre cristiana, envió algunos eclesiásticos al rey de Aragon para recordarle las intenciones del Sumo Pontífice, y exhortarle de nuevo á no proteger á los enemigos de la fé que él profesaba como los cruzados. El rey no hizo uso de la dilacion que llevaba consigo esta negociacion mas que para

tores pasaron por las inmediaciones de Toledo, quisieron entrar en la ciudad; pero los toledanos les cerraron las puertas, y desde los muros les denostaban llamándolos cobardes, decales y excomulgados. Tanto sentimiento causó tan numerosa desercion en el ejército cristiano el cual quedaba con ella grandemente debilitado. El cielo, sin embargo, pareció quererles consolar de esta pérdida y premiar su ardor y su constancia que no por ella flaquearon, pues se les apareció allí un refuerzo, con que no contaban; era el rey de Navarra, que venia á tomar parte en la cruzada seguido de un brillante ejército. Supo el Miramolin de los Almohades la desercion de los cruzados extranjeros, y causóle tal alegría que creia ya segura la destruction de los adoradores de la cruz; pero no advertia que si el Señor permitió esto en el campamento cristiano, la division cundia en el mahometano y que el mismo Miramolin con su orgullo la fomentaba. Dijimos ya que envidioso el favorito Abu-Said de la gloria que alcanzaba el defensor moro de Calatrava Aben Cadis, no quiso enviarle auxilio y ni aun informar al sultan del apuro en que se hallaba. Llegado pues Aben Cadis al cuartel de Miramolin quiso presentarse á él; pero aconsejado éste por Abu-Said ni siquiera quiso verle y aun no contento con esto le mandó degollar; cosa que indignó tanto á los moros andaluces que se quejaron de ello amargamente y se mostraron públicamente tan resentidos que noticioso de ello el emir llamó á su presencia á los gefes y les dijo con acritud y altanería que hicieran cuerpo á parte, que para nada los necesitaba.—En tanto el ejército

umentar sus tropas y proporcionar el medio de pagarlas. En fin, el 10 de setiembre de 1213 llegó al frente de un ejército muy numeroso, acompañado de los condes de Tolosa, de Fox y de Cominges; es decir, de los tres mas decididos fautores de los maniqueos, y puso sitio á Muret, ciudad situada en el Garona, á tres leguas mas allá de Tolosa. El valiente y religioso Monforte, seguido de siete obispos y de tres abades, no dejó de adelantarse con cuantas tropas pudo juntar, á fin de socorrer la plaza, donde tuvo el valor y la felicidad de encerrarse.

Al día siguiente muy de mañana se confesó é hizo su testamento. Todos los obispos se dirigieron luego á la iglesia, y uno de ellos celebró la misa, durante la cual excomulgaron todos juntos á los condes de Tolosa y de Fox, á los principes sus hijos, al conde de Cominges, y en general á todos los fautores de la heregía, sin seña-

crisiano, despues de la desercion de los extranjeros, poniendo mas y mas su confianza en Dios, prosiguió la marcha hasta Alarcos, lugar de funestos recuerdos para el rey de Castilla don Alfonso VIII por la derrota allí sufrida pocos años antes, pero ahora de feliz augurio para la batalla que preparaba, porque ahora al llegar á Alarcos huyeron á su vista los moros y él entró triunfante. Reunido ya tambien el ejército de Navarra, avanzaron los tres monarcas hasta Salvatierra, en cuyas inmediaciones pasaron revista á sus tropas, quedando altamente satisfechos del comportamiento de sus soldados y del ardor de que estaban poseidos. Llegaba ya al puerto de Murad al ejército cristiano, cuando en 12 de julio una fuerte avanzada de caballería enemiga salió á impedirle el paso; pero don Diego Lopez de Haro con su hijo Lope Diaz y sus sobrinos Martin Nuñez y Sancho Fernandez, visera recatada y lanza en ristre los atacaron á escape y sostuvieron con ellos una vigorosa refriega, y aunque acometidos por otro cuerpo musulman que guardaba una de las angosturas, lograron los cristianos apoderarse de la fortaleza de Castro Ferral, á la parte oriental de las Navas. Al anocheecer llegaron los tres reyes al pié de la montaña con el grueso del ejército; quedaba, empero, por vencer el paso mas difícil y formidable, el llamado de la Losa, defendido por la innumerable muchedumbre mahometana. Colocados los moros entre piscos que les servian de parapetos casi inexpugnables, y encanionados á su vez los cristianos entre desfiladeros y angosturas que impedian desplegar su caballería, era sumamente crítica y apurada la situacion de estos. Tuvo consejo para de-

lar en particular al rey de Aragon, cuyo nombre suprimieron por respeto. El jueves 12 de setiembre, al prepararse los cruzados al combate, el piadoso obispo Foulques de Tolosa se revistió de sus ornamentos pontificales y se encaminó á ellos llevando en la mano un pedazo de la verdadera cruz. Todos los que estaban á caballo se apearon por reverencia; los mas cercanos adoraron la cruz unos tras otros, y el resto de las tropas recibió la bendicion. Al propio tiempo el obispo de Cominges los exhortó en estos términos: «En nombre de Jesucristo, marchad con valor y con santa confianza. El que muriere en esta batalla, no pongais la menor duda que recibirá la corona del martirio, y entrará en el reino de los cielos sin pasar por el Purgatorio, con tal que vaya contrito y confesado, ó tenga á lo menos con un vivo dolor de sus culpas deseo sincero de confesarlas á un sacerdote, luego que le fuere posible.» Los otros obispos

liberar lo que convendria hacer. Unos opinaban por desalojar á todo trance de su posicion al enemigo; pero otros conociendo la imposibilidad que para esto ofrecian aquellas asperezas, estaban por la retirada. Oposiéronse á este último dictamen los reyes de Castilla y Aragon, persuadidos del mal efecto que haria en el ánimo del soldado esta retirada y alentados además con la confianza que en Dios habian puesto; confianza que por cierto no se vio frustrada. En efecto; cuando se hallaban en tan grande conflicto socorriólos Dios por el camino mas inesperado, segun acostumbra hacer para que el hombre no se envanezca y para que aprenda á confiar en Dios y en su gran poder. Mientras en tan congojosa perplexidad se hallaban las cristianas presentose de improviso en sus Reales un hombre desconocido de todos (alguna historia dice se llamaba Martin H daja) en traje de pastor ó aldeano, bastante despreciable en hábito y persona y sin ser preguntado dijo que con motivo de haber apacentado mucho tiempo sus ganados por aquellas sierras conocia muy bien todas las sendas y veredas y sabia una por donde el ejército cristiano podia subir, sin ser visto del enemigo ó sin que pudiera estorbarlo aunque lo vieran, hasta la cumbre misma de la sierra, donde hallaria un sitio á propósito para la batalla. Tan increíble parecia esta noticia que recelaban fuese algun ardid del enemigo; pero como por otra parte, era tan útil y ventajosa para los cristianos, caso de ser cierta, se creyó conveniente hacer una exploracion del terreno llevando al pastor por guia. Encuéntrase esta arriesgada empresa á don Diego Lopez de Haro y á

confirmaron estas promesas; luego entraron en una iglesia vecina con sus clérigos, y en voz alta mezclada de sollozos y gemidos rogaron por el buen éxito de la accion, cu-

don Garcia Romeu, caballero aragonés, los cuales caminando por uno de los costados de la montaña, hallaron despues de algunos rodeos una estensa planicie como de diez millas, capaz por consiguiente de contener todo el ejército, variada con algunos collados y como fortalecida por la naturaleza y resguardada por el arte á modo de un anfiteatro. Estas llanuras eran las Navas de Tolosa que luego habian de dar su nombre á la batalla. Era exacto por consiguiente cuanto habia dicho el pastor, el cual parece que luego que hubo mostrado el camino desapareció y no volvió á ser visto, lo cual dió margen á creer si seria algun ángel aparecido en forma de pastor y aun algunos escritores dijeron años adelante que habia sido San Isidro Labrador, el ahora patron de Madrid. Como quiera que sea, el hecho fué providencial y no puede menos de verse en él la mano de Dios que de un modo tan inesperado sacaba á su pueblo de la pena en que se veia.—Gozosos los exploradores regresaron al campamento con tan fausta nueva, y al siguiente día (sábado 14 de julio), los tres reyes armados ya con la Penitencia y Eucaristia, y la mismo el ejército con la absolucion de los obispos, movieron el campo por la nueva desconocida senda hasta llegar al llano. Con esto abandonó nuestra guarnicion el castillo de Ferral como ya inútil y lo volvieron á ocupar los moros, imaginándose que los cristianos, como no pasaban por la garganta de la Losa, huian amedrentados. Pero no tardaron en desengañarse, cuando con la mayor sorpresa vieron aparecer al ejército cristiano en lo alto del puerto plantando allí sus tiendas. El 15 de julio, que era domingo, presentóles la batalla el Miramamolín Mohammed, como ya lo habia hecho el día anterior; pero el ejército cristiano, así por ser domingo como por tomarse tiempo para descansar y reconocer el terreno, no quiso aceptarla entonces, ya que la ventaja de su posicion le brindaba á ello. Ufano con esto el rey moro, creyó que era miedo y cobardia, y al momento escribió á Baeza y á Jaen diciendo que tenia asediados á los tres reyes y sus ejércitos, y que no tardaria tres dias en hacerlos prisioneros á todos. ¡Desdichado! no sabia la triste suerte que le estaba reservada. Los nuestros entretanto se ocupaban en disponer lo necesario para la batalla, y los prelados y clérigos en exhortar á los soldados é inspirarles un santo y religioso fervor. A poco mas de media noche los heraldos hicieron resonar á voz de pregon en las tiendas cristianas la orden de prepararse á la guerra del Señor por medio de la confesion y de las oraciones. Gefes y soldados asistieron devotamente al santo sacrificio de la misa; todos oraron, y muchos con los tres reyes confesaron y comulgaron; animábanse unos á otros, y así preparados con las prácticas y ejercicios piadosos, aguardaban impacientes la hora del alba, en que el rey de Castilla dió orden de ensillar los caballos y eropñar las ballestas, lanzas y adargas. Resonaron las trompetas y atambores y todo el campo se puso en movimiento. Todos querian pelear en vanguardia, el aguerrido veterano Dalmau de Crexel, catalan del Am-

yo esplendor, poco diferente del de los milagros, no tardó en manifestar que sus súplicas habian sido atendidas.

Dicese que Simon de Monforte hizo una

purdan, fué el encargado de ordenar las haces, y se formaron cuatro cuerpos ó legiones. Al romper el alba del día 16 de julio, cristianos y moros se hallaban puestos en orden de batalla. Mandaba la retaguardia y centro, y en cierto modo el ejército cristiano todo entero, el rey D. Alfonso de Castilla, y ondeaba su estandarte, en que se veia bordada la imagen de la Virgen, el alfez D. Alvar Nuñez de Lara. El ejército musulman formaba una media luna y estaba repartido en cinco divisiones. Los voluntarios de las tribus del desierto constituian la vanguardia; los Almohades tremolaban en el centro sus vistosos pendones, y á retaguardia formaban los andaluces. La tienda del califa estaba rodeada de un círculo de diez mil negros de horrible aspecto, cuyas lanzas clavadas en tierra verticalmente hacian como un parapeto inexpugnable, y á mayor abundamiento resguardaba aquel cuadro un estenso semicírculo formado de gruesas cadenas de hierro con mas de tres mil camellos puestos en linea. Dentro de esta especie de castillo estaba el emir Mohammed vestido con el manto que solia llevar á las batallas su abuelo Abdelmumen, teniendo á sus pies un escudo, á su lado un caballo, en una mano la cimitarra y en otra el Coran, cuyos capitulos leia en alta voz recordando á los suyos la promesa del paraíso que su falso profeta prometia á los que morian por su doctrina.—Comenzaba el sol á dorar las altas colinas de Sierra Morena, cuando en ambos campamentos oyóse un sordo murmullo, anuncio de que iba á dar principio la batalla. Jamás en cinco siglos se habia visto reunido en España tanto número de combatientes; al menos por parte de los musulmanes, segun sus mismos historiadores, «nunca antes rey alguno habia congregado tan inmenso gentío, pues iban en aquel ejército ciento sesenta mil voluntarios entre caballería y peones, y trescientos mil soldados de excelentes tropas almohades, alárabes y zenetas, siendo tal la presuncion y confianza del emir en esta muchedumbre de tropas, que creia no habia poder entre los hombres para vencerle (Conde, p. 3, c. 55).» Serian los cristianos como la cuarta parte de este número, y bien era necesario que al número supliese el ardor y la fé. Suenan los atabales y clarines en uno y otro campo, y dada así la señal del combate, moros y cristianos se arrojan con igual impetu y coraje á la pelea. El valiente D. Diego Lopez de Haro fué el primero de los nuestros en acometer con los caballeros de las órdenes y los concejos de Castilla; pero atacados por los voluntarios musulmanes en número de 160,000, no fué posible á los nuestros resistir la primera embestida de los infieles con sus largas y agudas lanzas. Cuéntase que don Sancho Fernandez de Cañamero que llevaba el pendon de Madrid con un oso pintado huyó con él en vergonzosa retirada, hasta que encontrado por el rey de Castilla le obligó lanza en ristre á volver otra vez rostro al enemigo y á recobrar el honor de su bandera. A su vez D. Diego Lopez, blandiendo su robusta lanza tantas veces teñida en sangre enemiga, auxiliado de los de Calatrava, y resguardado con su armadura de hierro, metiase por entre los infieles y se cebaba en matar. No obstante, envaletonados los moros con el